

*Palabras de un reloj*

*Por: Juana Mateos Rodilla*

Mi mirada se dirige a él continuamente. No porque desee hacerlo. Desde esta posición es lo único que puedo mirar. Es redondo, con un marco azul, sobre un fondo claro, una pared de un blanco titanio, excesivamente fría y penetrante. Me habla sin palabras; sus sonidos breves, rítmicos, sistemáticos, constantes y tenaces susurran y se expanden por todo mi cuerpo, diría que por todo mi ser. Me avisa del movimiento del mundo. La vida sigue adelante, no vuelve para atrás.

El reloj me habla. Sí, debe ser el delirio de estos últimos días. Las palabras del reloj entran sosegadas y constantes en mi mente:

- *Si quieres encontrar el modo fácil, mírame a mí. Nunca me preocupo, nunca me apresuro, pero nunca paro. Trabajo más que cualquier mortal, pero más fácilmente porque lo hago segundo a segundo.*

Oigo sus pasos por el pasillo. El repicar de sus zuecos sobre las losetas. Cortos, pequeños, agudos y musicales. Ya conozco este ruido. La luz del sol se cuela entre las rendijas de la persiana que está levemente levantada. Se proyectan sobre mí. No me veo, pero me imagino lleno de círculos de colores de luz, acompañados de trazos de sombra. Luz y sombra, siempre unidas e inseparables. Una define la otra. Donde más grande es la luz más intensa es la sombra. Donde más intensa es la sombra, más brillante es la luz. No quiero pensarlo, ni siquiera sugerirlo en mi mente, pero es la misma danza de la vida. Vida y muerte, definiéndose juntas e inseparables.

Llama a la puerta como pidiendo permiso. Lo hace todas las mañanas. Y yo no puedo contestar, ni siquiera mis ojos le pueden dar una respuesta. Entra, moviendo

suavemente el picaporte y la puerta. La siento cerca ya. Me llega su calor corporal, su energía matutina. Huele como siempre, a madera y a canela. Toca mi antebrazo, un contacto con tacto. Me gusta este juego de palabras. La definen, la enfermera del "contacto con tacto". Si salgo de ésta, fundaré una ONG con este nombre. Y me río de mí mismo. ¿Cómo voy a salir de ésta?, ¡qué iluso!

- *Buenos días, Ceferino. ¿Cómo está?*

Me pone nervioso esta pregunta. En cierto modo, me irrita. Ya sabe que no puedo contestar, ya sabe que estoy muy mal, que me estoy muriendo. ¿Por qué pregunta un día más? Ella sabe la respuesta. Llevo 65 días ingresado en esta unidad de grandes quemados. Soy casi un vegetal. No me muevo. Mantengo mis ojos abiertos y mi mirada está pérdida y ausente. No puedo responderles. Les oigo, les siento, pero estoy atrapado en este cuerpo abrasado y cicatricial. Tengo enfrente un reloj. Se ha convertido en mi último compañero de camino. La enfermera continúa su charla:

- *Sabe, hoy es 20 de mayo. Hace un día soleado. Se siente el aleteo de la primavera. Huele a flores, a hierba, a polen. Voy a asearle y a moverle un poco. Ahora toca estar de lado, hacia la ventana. Así podrá ver el día que hace.*

Otra vez. No me gusta que me pongan de lado. Pierdo el contacto con mi amigo de la pared. Me duele el alma, el movimiento de mi cuerpo herido me hace sufrir. Solo quiero estar boca arriba, sintiendo el movimiento de las manecillas del reloj que se acompasa armónicamente a mis latidos.

- *Dentro de poco va a llegar su mujer y quiero que le vea guapo.*

Estoy en una unidad de críticos. Mi esposa solo puede verme a través de un pasillo con una gran cristalera que da a la habitación donde está mi cama. ¡Pobrecilla!. Me duele más pensar en ella y en cómo se debe sentir que en el dolor lacerante de mis quemaduras. Lo peor es que estoy encerrado en este cuerpo. No puedo dirigirle ni un mensaje. Estoy atrapado en este cuerpo quemado. Sin embargo, mi alma y mi mente siguen conmigo, solo conmigo y con este reloj que vela los 86.400 segundos de cada día.

- *Ceferino, ayer le pedí a su esposa una foto de usted. Quiero saber cómo era antes del accidente. Le parecerá extraño. Y disculpe, acabo de darme cuenta de que no le he pedido permiso. Verá, trabajar aquí es muy duro, también para nosotros. Yo necesito encontrar a la persona que es usted. Por eso le he preguntado a su mujer. Eso me ayuda a cuidarle, a tratarle y respetarle como la persona única que es.*

Según me habla la enfermera, pienso en qué le habrá contado mi mujer de mí. Yo era un hombre próspero. Era profesor en la universidad. Escribía libros. Intuyo que ni siquiera mi cara y mi imagen se parecen a lo que era. ¿Qué pensará ella de mí?

Termina sus cuidados, me toca el antebrazo y se va, con un hasta luego. Me quedo solo. De nuevo, con el sonido del paso inexorable del tiempo, que no se detiene, con ese reloj de pared que no deja de funcionar. Me viene a la mente ese texto de Julio Cortázar<sup>1</sup> que tanto me gustaba:

*"Piensa en esto: cuando te regalan un reloj te regalan un pequeño infierno florido, una cadena de rosas, un calabozo de aire. No te dan solamente el reloj, que los cumplas muy felices y esperamos que te dure porque es de buena marca, suizo con áncora de rubíes; no te regalan solamente ese menudo picapedrero que te atarás a la muñeca y pasearás contigo. Te regalan -no lo saben, lo terrible es que no lo saben-, te regalan un nuevo pedazo frágil y precario de ti mismo, algo que es tuyo*

*pero no es tu cuerpo..... Te regalan la necesidad de darle cuerda todos los días, la obligación de darle cuerda para que siga siendo un reloj..... No te regalan un reloj, tú eres el regalado, a ti te ofrecen para el cumpleaños del reloj”.*

Por fin llega mi mujer. Es lo mejor de mi día. Sesenta minutos por la mañana, sesenta minutos por la tarde. Sufro y me alegro. Alegría y sufrimiento, también un binomio inseparable. Alegría por verla. Es la puerta a mi vida, a la vida de siempre, a mi vida anterior. Y dolor, porque siento que lo estoy perdiendo todo. La vida se me escapa.

- *Ceferino, cariño, ¿cómo estás hoy? Me ha dicho Almudena, la enfermera, que estás tranquilo.*

En ese mismo momento pasa ella y saluda a mi mujer. Me gusta ver cómo la cuida. La saluda con su sonrisa franca y abierta, con esos ojos chispeantes que traducen alegría. También la toca, pone su mano sobre su hombro. Es como si su gesto le dijera sin palabras “aquí estoy, si te puedo ayudar en algo...”. Pregunta cómo está. Mi mujer no responde. La enfermera la mira y parece comprender su silencio, pues el silencio también comunica. Antes de dejarnos solos, me mira y me guiña un ojo. ¡Es increíble esta mujer! Y me quedo solo con mi esposa y mi compañero, el reloj, sin palabras, sin movernos, solo con la caricia de mi mujer sobre la poca piel que tengo sana. Se para el mundo, no oigo ni los pitidos de las bombas de medicación, ni el ruido estrepitoso de los carros de curas deslizándose sobre el pasillo, ni las palabras de los sanitarios, ni el ruido del tráfico que nos envuelve allí fuera. Hasta mi amigo parece que se ha callado y nos ha dejado en nuestro silencio. Ni tic tac. Sólo ahora, sólo presente, sólo en el centro: mi mujer y yo. Es la ilusión del tiempo que se detiene, en espera.

Todo en el mundo es una relación. Mi mundo ahora solo se resume en tres relaciones. La relación con mi esposa, la relación con la enfermera y la relación con mi nuevo y único amigo, el reloj. Solo me queda esto... es lo que me mantiene abrazado a la poca vida que me queda. Entra el celador indicando que se ha acabado la hora de la vista. Miro enfadado el reloj... ese amigo traicionero que me roba continuamente los segundos, que quiero detener y que no me deja. Carmen me da un beso, me mira, sonrío. Sus ojos no pueden engañarme: esconden soledad, miedo, desesperanza, duelo, dolor... mucho dolor. No puedo soportar esta geografía emocional de su paisaje actual. La quiero y ahora mi cuerpo no me deja decírselo. Adiós, Carmen. Hasta mañana, mi vida.

Ha pasado otro día, 86.400 segundos. Un día más, la enfermera llama a la puerta como pidiendo permiso. Y yo no puedo contestar. Entra, moviendo suavemente el picaporte. La siento cerca ya. Me llega su calor corporal, su energía matutina. Huele como siempre, a madera y a canela. Toca mi antebrazo, un contacto con tacto.

- *Buenos días, Ceferino. ¿Cómo está?*

No sigue con sus rutinas habituales. Se para frente a mi cama, interponiéndose entre mi cuerpo y el reloj. Su mirada hoy es distinta. Le cuesta mirarme a los ojos. Percibo resistencia. Hasta su cuerpo es distinto. Sus hombros se han caído hacia delante. Se mete las manos en los bolsillos del uniforme. La noto incómoda. Se aclara la voz antes de dirigirme la palabra:

- *Tengo que decirle que su mujer no va a poder venir hoy a verle.*

Miro a mi amigo de la pared, el que me habla continuamente y siento cómo por mi rostro, después de 65 días, cae y rueda una lágrima. Y Cortázar<sup>2</sup> viene de nuevo a mi pensamiento:

*"Allá al fondo está la muerte, pero no tenga miedo. Ahora se abre otro plazo, los árboles despliegan sus hojas, las barcas corren regatas, el tiempo como un abanico se va llenando de sí mismo y de él brotan el aire, las brisas de la tierra, la sombra de una mujer, el perfume del pan.*

*...Y allá en el fondo está la muerte si no corremos y llegamos antes y comprendemos que ya no importa".*

Ceferino murió 7 días después. Almudena, su enfermera, recordará siempre a este paciente. Este paciente que lo perdió todo en una explosión de gas. A este paciente inerte en su cama, sin posibilidad de salir al mundo exterior para poder comunicar algo. Lo recordará porque quedó grabado en su alma el momento en el que dejó caer esa única lágrima, al conocer que ese día no recibiría la visita de su esposa. Cuando Carmen, su mujer, volvió al día siguiente, Almudena le contó que Ceferino le entregó su posiblemente último regalo: esa lágrima que expresa "no puedo soportar tu ausencia".

Y el reloj sigue ahí, testigo sonoro de nuestro paso efímero por la vida.

---

<sup>1</sup> Julio Cortázar. Preámbulo a las instrucciones para dar cuerda al reloj

<sup>2</sup> Julio Cortázar. Instrucciones para dar cuerda al reloj

*Juana Mateos Rodilla  
Madrid, septiembre de 2015*